

Argentina y Venezuela: 20 testimonios

Alejandro Martínez Ubieda

FUNDACIÓN PARA LA CULTURA URBANA



Presidente vitalicio: Rafael Cadenas
Presidente ejecutivo: Elías Pino Iturrieta

Junta directiva
Herman Sifontes Tovar
Gabriel Osío Zamora
Miguel Osío Zamora
Ernesto Rangel Aguilera
Juan Carlos Carvallo
Jesús Quintero Yamín

Twitter: @culturaurbana
Instagram: @culturaurbanaoficial_
Facebook: Fundación para la Cultura Urbana

Argentina y Venezuela: 20 testimonios.
© 2006, 2021 Fundación para la Cultura Urbana
ISBN edición impresa: 978-980-6553-52-7
ISBN edición digital: 978-84-123371-0-5

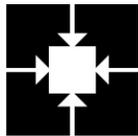
Producción editorial: Diajanida Hernández
Diseño de portada: John Lange
Diseño de colección: ProduGráfica
Fotografías: Vasco Szinetar

Número 48

Argentina y Venezuela: 20 testimonios

Alejandro Martínez Ubieda

Horacio Jorge Becco, Manuel Bemporad, Marta Mosquera Eastman, Ethel Rodríguez Espada, Lido Guarnieri, Jorge Portilla, Adolfo Salgueiro, Ricardo Mitre, Lázaro Recht, Susana Strozzi, Ana María Fernández, Fernando Yurman, Ernesto Borga, Raúl Lotitto, Roberto Eliashev, María Elena González Deluca, Víctor García, Estela Aganchul, María Isabel Bertone, Blanca Strepponi



FUNDACIÓN PARA LA
CULTURA URBANA

Alejandro Martínez Ubieda

Politólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela y candidato a magíster en Desarrollo y Ambiente de la Universidad Simón Bolívar.

Fue coordinador, primero, y director, luego, de Relaciones Internacionales del Congreso de la República entre 1982 y 2002. Ha ejercido la coordinación general de conferencias de la Unión Interparlamentaria, Parlamento Andino, Parlamento Latinoamericano y Parlamento Amazónico, realizadas en Venezuela, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, Suriname y Guyana.

Como secretario ejecutivo del Parlamento Amazónico, diseñó el proceso de redacción de la Ley de Diversidad Biológica entre 1997 y 1999.

Fue presidente de la Reunión de Expertos del G-15 sobre Conocimientos Tradicionales y Aprovechamiento Sostenible de la Diversidad Biológica, celebrada en Caracas en 2002.

Se ha desempeñado como consultor para organismos como la Unión Europea, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo y la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica.

Ha sido articulista de los diarios *El Nacional* y *El Universal*. Realizó estudios de inglés en la Bell School of Languages, en Cambridge, Inglaterra, y de francés en la Alianza Francesa en París.

Índice

[Alejandro Martínez Ubieda](#)

[Presentación](#)

[Prólogo](#)

[Horacio Jorge Becco](#)

[El bibliógrafo](#)

[Manuel Bemporad](#)

[El científico](#)

[Marta Mosquera Eastman](#)

[La escritora](#)

[Ethel Rodríguez Espada](#)

[La arquitecto](#)

[Lido Guarnieri](#)

[El músico](#)

[Jorge Portilla](#)

[El académico](#)

[Adolfo Salgueiro](#)

[El universitario](#)

[Ricardo Mitre](#)

[El director de teatro](#)

[Lázaro Recht](#)

[El matemático](#)

[Susana Strozzi](#)

[La antropóloga](#)

[Ana María Fernández](#)

[La profesora de literatura](#)

[Fernando Yurman](#)

[El psicoanalista](#)

[Ernesto Borga](#)

[El jurista](#)

[Raúl Lotitto](#)

[El emprendedor](#)

[Roberto Eliashev](#)

[El publicista militante](#)

[María Elena González Deluca](#)

[La historiadora](#)

[Víctor García](#)

[El editor](#)

[Estela Aganchul](#)

[La bienvenida](#)

[María Isabel Bertone](#)

[La defensora de los derechos humanos](#)

[Blanca Strepponi](#)

[La creadora](#)

Presentación

El tono que imanta a este libro de Alejandro Martínez Ubieda, *Argentina y Venezuela: 20 testimonios*, proviene de la experiencia decantada de sus protagonistas. Emigrar es asomarse al vacío, al desasosiego, pero también es conocer la maravilla de la condición humana en su más meridiano esplendor. Estas voces se adentraron en nuestro laberinto por razones políticas o por el azar, pero en todos los casos hallaron la mano amiga del mejor venezolano, el que nos enorgullece.

A diferencia de los anteriores de la serie, ya publicados - España, Alemania, Italia-, la inmigración argentina es más reciente. Salvo excepciones, los entrevistados por Martínez Ubieda en su mayoría llegaron en la década de los 70, cuando las persecuciones de la dictadura militar austral hicieron del exilio una razón de vida o muerte. Siempre interesantes, algunos de los diálogos llegan a conmover hasta las lágrimas, quizás estas voces confesionales se entregaron a la confidencia, seducidos por la actitud entrañable del entrevistador, un hombre sacudido por la hondura de los relatos. Gracias a todos.

Fundación para la Cultura Urbana

Prólogo

Abandonar el lugar donde se nace y crece es una experiencia que no todos los seres humanos tienen en la vida. Quienes tienen la vivencia irremediablemente quedan marcados. A veces para bien, a veces no tanto. El destierro es una ambivalencia que puede estar acompañada de las mejores oportunidades, pero siempre, aun en las situaciones más fulgurantes, implica al mismo tiempo una pérdida fundamental: la del entorno primigenio, la de los primeros recuerdos, la de parte de la memoria.

Si alguien ha descrito con maestría el sentimiento de quien el destino ha privado de su terruño, ese que subyace en esta colección de sagas personales de desterrados, es Jorge Luis Borges -suerte de emblema austral- quien en su poema «El forastero» retrata a quienes desde lejanas tierras escogieron Buenos Aires para cobijarse:

El forastero

Despachadas las cartas y el telegrama,
camina por las calles indefinidas
y advierte leves diferencias que no le importan.
Y piensa en Aberdeen o en Leyden,
más vívidas para él que este laberinto
de líneas rectas, no de complejidad,
donde lo lleva el tiempo de un hombre
cuya verdadera vida está lejos.
En una habitación numerada
se afeitará después ante un espejo
que no volverá a reflejarlo

y le parecerá que ese rostro
es más inescrutable y más firme
que el alma que lo habita
y que a lo largo de los años lo labra.
Se cruzará contigo en una calle
y acaso notarás que es alto y gris
y que mira las cosas.
Una mujer indiferente
le ofrecerá la tarde y lo que pasa
del otro lado de las puertas. El hombre
piensa que olvidará su cara y recordará,
años después, cerca del mar del Norte,
la persiana o la lámpara.
Esa noche, sus ojos contemplarán
un rectángulo de formas que fueron,
al jinete y su épica llanura,
porque el Far West abarca el planeta
y se espeja en los sueños de los hombres
que nunca lo han pisado.
En la numerosa penumbra, el desconocido
se creará en su ciudad
y lo sorprenderá salir a otra,
de otro lenguaje y de otro cielo.

Antes de la agonía,
el infierno y la gloria nos están dados;
andan ahora por la ciudad, Buenos Aires,
que para el forastero de mi sueño
(el forastero que yo he sido bajo otros astros)
es una serie de imprecisas imágenes
hechas para el olvido.

No es fácil describir la experiencia que ha significado esta inmersión tan particular en el alma de quienes, habiendo nacido en la Argentina, han hecho de Venezuela su casa definitiva.

En primer lugar, debo descubrirme: hay quienes disfrutamos como un placer, como una curiosidad insaciable, la posibilidad de asomarnos a la vida de

personas que tienen distintas raíces y creencias. Conocer las visiones de aquellos que se formaron en culturas que nombran los objetos de otra manera -aun cuando puedan compartir el idioma- es siempre una forma de abrirse al mundo, de contrastar nuestras propias razones para nombrar las cosas de una determinada manera, de comprender las diferencias.

En el caso que nos ocupa -esa garra larga que da término a la América del sur y que tiene nombre de plata-, haber conversado con personas de distintas ciudades -unos porteños, otros cordobeses o tucumanos, otros santafecinos o patagónicos, todos argentinos-, de distintas profesiones, de diferentes temperamentos, unidos sólo por el hecho de haber abandonado su patria para instalarse en un nuevo país, ha sido, por decir lo menos, realmente emocionante.

Ciertamente, abordar esta tarea a partir del inmenso afecto por Argentina fue sólo el comienzo. A poco, fueron apareciendo aspectos que no estaban en el imaginario primigenio de la iniciativa. Mucho más que un intercambio racional, más allá de las razones concretas que cada uno de los entrevistados tuvo en su momento para abandonar la patria que hasta ese momento consideraba la única, la elaboración de este libro fue un ejercicio en el que el recuerdo, en todos y cada uno de los casos, habilitó emociones que estoy seguro movilizaron lo más íntimo de quienes tuvieron la amabilidad extrema de abrir, en varios casos a un desconocido, sus circunstancias, los giros de sus vidas antes y después de asentarse en nuestro -y en este «nuestro» vamos todos- país.

Todos los entrevistados tienen una trayectoria relevante para Venezuela y, sin embargo, en muchos casos sus logros formales o profesionales se abordan sólo de manera tangencial, enfatizando el tránsito humano de su llegada al

país. Estas páginas enmarcan conversaciones en las que, como si de una terapia sin terapeuta se tratara, fluyeron memorias, recuerdos y reflexiones que, en no pocas ocasiones, obligaron a entrevistado y entrevistador a reprimir, en aras de la formalidad, una expresión de sorpresa, de incertidumbre, alguna disparidad de la emoción, y, en casos extremos, una lágrima.

Para quienes hemos tenido una sola patria, una sola lealtad territorial que creemos perenne, las experiencias que aquí cuentan los entrevistados son, sencillamente, dignidades propias de gentes que han enfrentado sus devenires con una sola certeza: la de la vida. Porque fue la vida lo que, en demasiados casos, estuvo en juego.

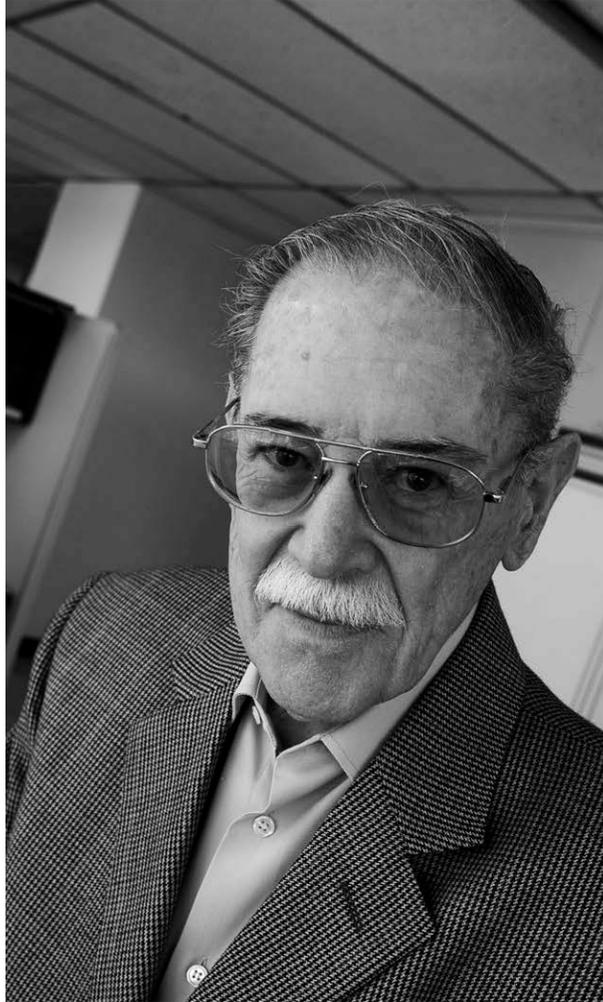
Otro aprendizaje se desprendió silencioso de este libro, aun para quienes tenemos la contradictoria tendencia de tratar, al mismo tiempo, de cuestionar fuertemente el nacionalismo y en la misma jugada sentir desagrado por la soltura con la que los venezolanos nos descalificamos a nosotros mismos, haciendo de ciertos rasgos a todas luces reprochables -la impuntualidad, la confianza trastocada en irrespeto, la dificultad para aprehender las normas- una suerte de marca de fábrica de la venezolanidad. Y es que ese «aire venezolano», que varios de nuestros entrevistados identifican -no sin acierto- con lo caribeño, ha ocupado un lugar muy importante en el catálogo de las razones por las que muchos de quienes vinieron del sur estacional, del sur europeizado y formal, decidieron abrazar definitivamente el norte de Suramérica.

Una palabra final a quienes le hablaron tan abierta y francamente a este libro: gracias. Gracias, por visitar el pasado, remoto y reciente a un mismo tiempo en compañía de este intruso. Agradezco el salvoconducto al pasado personal de cada uno de ustedes. Agradezco el que me lo

hayan otorgado sin aprensión, con una confianza a veces sobrecogedora y siempre comprometedora para quien la recibe. Y gracias, principalmente, por haber escogido a Venezuela como su destino o, caso muy frecuente, por haber cedido suavemente ante la escogencia secreta que Venezuela hizo de ustedes.

Alejandro Martínez Ubieda
Caracas, 2005

Horacio Jorge Becco



El bibliógrafo

Llegado a Venezuela cuando tenía aproximadamente cincuenta años, Horacio Jorge Becco vivió en Venezuela hasta su reciente deceso. Cumplió en nuestro país una labor muy relevante en el campo de la investigación bibliográfica, a partir de una capacidad sorprendente de reunir fuentes documentales sólidas y generar, sobre esa base, investigaciones de la más variada naturaleza.

Señor Becco, ¿qué lo trae a Venezuela?

Una solicitud de cooperación con la Biblioteca Nacional en el año 1975. Allí permanecí por cinco años, encargado de las investigaciones de formación de colecciones, realización de índices y algunas publicaciones.

En 1982 cambiaron las autoridades de la Biblioteca y estuve bajo las órdenes de Domingo Miliani, buen amigo, e Iraset Páez Urdaneta, ambos lamentablemente desaparecidos.

Antes de venir a Venezuela ¿a qué se dedicaba en Argentina?

A muchas cosas. Trabajaba en la Academia Argentina de las Letras, en bibliografías de tipo universal, diccionarios, investigaciones folklóricas.

¿Y cómo surge el contacto con Venezuela?

No tenía ningún contacto con Venezuela. Quien hace el puente es Dardo Cúneo, que era presidente de la sociedad

argentina de escritores, de la cual durante un período fui secretario. El me habló de oportunidades de trabajo en Venezuela si quería salir del país. Eso coincidió con un recorrido por los Estados Unidos dando conferencias por invitación de la Biblioteca del Congreso. La embajada argentina me lleva entonces al BID a dar una conferencia sobre asuntos argentinos, porque he tratado mucho el tema del gaucho, la gauchesca en la poesía y en las reproducciones gráficas. Eso era, en Estados Unidos, una temática muy folklórica pero también muy novedosa, porque había salido una edición del Martín Fierro en inglés, y me pidieron que hablara sobre términos que en el inglés eran difíciles de comprender.

Entonces, al terminar esos asuntos en Washington vine a Venezuela, y llegué -es una cuestión anecdótica- con abrigo grueso, guantes, medias de lana, directamente a la pista de los aviones en Maiquetía.

Y venía ya a quedarse...

Sí. Pero llegué prácticamente en Navidad, y me encontré sin familia, sin amigos, en una soledad plena. Eso después se subsanó y no sólo estaba muy bien acogido, sino que las relaciones fueron estupendas. Siendo un personaje extranjero y no conociendo los intercambios políticos, me dieron para organizar el fichero de Betancourt, que era curiosísimo, porque cuando uno se encontraba entre los materiales al orejón Prieto, no sabía quién era, ni qué implicaciones o peligros podía tener lo que decía en una carta, de modo que el desconocimiento absoluto del medio hizo que inocentemente yo sirviera bien, pero a manera de amanuense. Así estuve un tiempo en Pacairigua, rodeado de perros y de policías.

Luego, al entrar a la Biblioteca hago una vida metódica que comienza haciendo un libro llamado *Fuentes para el estudio de la literatura venezolana*. La gente se asombró al principio, y pensaban en cómo este novato recién llegaba y ya publicaba dos tomos. Simplemente era que había trabajado bibliografía hispanoamericana mucho tiempo, y los nombres de Venezuela estaban latentes en mí. Podía dudar si un señor era fulano o mengano, pero como ya había trabajado el tema, sólo era utilizar la comodidad de la Biblioteca Nacional, donde estaba todo alfabetizado y yo sólo hacía un rastreo de fichas con cierta habilidad de método. Mis compañeros de esa época bailaban joropo en la oficina y no les interesaba hacer cosas como ésa, de modo que yo era un sujeto raro porque estaba todo el día sobre la máquina de escribir. Esa publicación, entonces, generó una serie de vínculos con gente como Armas Alfonzo. Además, en la Biblioteca Nacional, uno de los asesores era Pedro Grases, quien había estado en Argentina, ya que editaba allá casi todas las cosas de los Lecuna. Entonces Grases me dice «usted es el hombre que yo necesito, porque tiene contactos, conoce el medio y lo puedo enviar a Washington a trabajar los temas, luego trae los trabajos y acá los ensamblamos». Eso terminó con una bibliografía sobre Simón Bolívar, un libro acerca de la figuración de Bolívar en todas las enciclopedias que había en la Biblioteca de Washington, un trabajo gigantesco pero muy bonito que me tuvo dos meses allá. En esa época también estaba trabajando en Washington Ángel Rama...

En la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos...

Sí, una maravilla en la que usted encuentra lo que busque y que, además, tiene dos o tres manzanas de

sobrantes, es decir, libros que quedan de los envíos recíprocos de los intercambios entre bibliotecas para ser regalados a quien los pueda usar. Una cosa tan satisfactoria que uno se volvía chiquito allí.

¿Y se editó ese trabajo?

Sí, es un trabajo de Grases con Pérez Vila que para mí fue muy bueno porque me permitió sintonizarme de nuevo con mucha gente, ya que por Washington pasan todos los investigadores del continente. Ese contacto con todos los que estaban allá buscando algún libro raro, alguna investigación sobre cualquier tema, fue muy jugoso.

En sus primeros años en Venezuela, ¿hubo un momento preciso en el que sintió que se había aclimatado? ¿Un momento en que decidió que se iba a quedar en Venezuela?

Sí. Hay un aspecto de la vida del emigrante que hay que tener en cuenta. Cuando uno regresa a su tierra, lo primero que le preguntan es si va a volver a trabajar, porque eso significa una competencia, y si uno tiene un nombre o mayores posibilidades que el sujeto que pregunta, ese individuo se siente menoscabado y piensa que uno va a volver a cubrir los pocos puestos que hay. Eso es molesto.

¿Usted volvió...?

Yo volvía, porque al principio estaba solo acá, y tenía mi familia allá. En el 82 dejó la Biblioteca Nacional, y en la esquina estaba el Banco Mercantil, donde tuve la fortuna de tener un buen amigo, secretario del presidente del banco. Ellos tenían el proyecto de crear una fundación cultural, me presentaron al presidente del banco y me dijo «usted empieza mañana». Desde entonces estoy en la entidad. Se creó la Fundación de Promoción Cultural de

Venezuela, publicamos veintiséis libros y realizamos actividades de apoyo logístico. Hemos acumulado una biblioteca importante, de más de cinco mil libros. En lo personal, he realizado muchas cosas para Biblioteca Ayacucho, y donde me abren las puertas yo acudo. He pasado por temas distintos, de Borges al anarquismo, de Rumazo González al archivo de Sucre, de El Dorado a un cancionero americano. El camino es el mismo: me interesa el tema, tengo el material, me piden una bibliografía -que es mi campo- y la hago.

De modo que sí hubo un momento en que decidió quedarse.

Bueno, cuando me incorporo a la Fundación considero que es definitivo el quedarse. Tuve la oportunidad de arrastrar a mi familia y aquí estoy desde entonces.

¿Es usted porteño?

Sí, porteño.

¿Rememora Argentina, Buenos Aires?

Yo trato de ir todos los años, si puedo. Veo a los amigos, trato de ponerme al tanto con la pintura, la música, trato de saber si están enloquecidos con Cortázar o con Borges, o con fulanito, porque siempre hay modas esporádicas. También contacto gente que tiene interés por gente de Venezuela, y entonces colaboro con quienes necesitan conocer alguien acá, o necesitan saber quien acá maneja tal o cual tema.

Usted hace una suerte de puente...

Cuando me lo solicitan, por supuesto.

¿A qué edad se vino?

Bueno, yo soy del 24, ya estoy en los ochenta, o sea que ya estoy para subir para arriba -aunque espero que demore un poco-, pero yo creo que estaba como en los cincuenta años.

¿A qué le costó más adaptarse acá?

Yo he sido hombre de campo, llanura, gaucho, temáticas vernáculas, folclorista, conocía perfectamente todo el territorio argentino, fui secretario de la Sociedad de Escritores y eso me permitió, por razones de trabajo, recorrer Argentina de norte a sur. Al principio estuve vinculado a toda la línea poética argentina y a los distintos grupos provinciales, lo que me contactaba por igual con los salteños, los tucumanos o los de Bahía Blanca, que eran todos diferentes entre sí. Eso me facilitó una labor de difusión muy importante. Dicté muchas conferencias en pequeños pueblos de Venezuela en los que todos iban a escuchar a este señor que venía a hablar del gaucho, porque no sabían en el fondo qué era eso. Muchas veces sentí la alegría de la gente por escuchar hablar de esos temas.

¿Qué vínculo encuentra entre el gaucho y el llanero?

La personalidad se ajusta. Son personajes vernáculos, viven sobre el caballo, el ganado es su medio de vida, son afines, por supuesto.

¿Y qué los diferencia?

Bueno, hay una diferencia climática, diría, que condiciona la presencia física, el cómo se presenta, cómo se viste cada uno. No le hablo del gaucho que se viste para los días domingo, con cinturones de plata, porque eso es una diferencia regional solamente. El amor del gaucho es

siempre para su mujer, su mate, su caballo y sus perros, y el llanero tiene más o menos la misma idiosincracia, aún estando en otro medio, peleando contra inundaciones o luchando para atravesar un río en los momentos de arrees. Creo que estos dos personajes son asimilables, a diferencia del charro mexicano, que es una cosa mucho más exquisita, un personaje de niño bien con buen traje y buen sombrero, aunque es estupendo verlos cuando, en una ciudad como México, de pronto se abre un portón y sale un tipo a caballo, tranquilamente, en medio de una corriente de tránsito, y el caballo caracolea y da vueltas y se para en dos patas. Eso a uno lo sorprende, porque el individuo sale y se siente tan cómodo como si estuviera en pleno llano o recorriendo montañas.

¿Salir de Argentina fue doloroso?

No, a mí siempre me ha atraído el tener la oportunidad de viajar. Por ejemplo, recorrí Estados Unidos en bus, veinticuatro universidades.

Su salida no tuvo ningún componente político...

No, yo con la política no trabajo ni me interesa para nada porque uno es un tonto que está siempre en la lectura, en el último libro. Ahora estoy trabajando sobre García Márquez para Buenos Aires, que es una cosa infinita, una bibliografía de García Márquez significa cuatrocientas páginas de fichas. También me han solicitado una de Cortázar, que es el otro gran personaje. Ha bajado quizá un poco el interés sobre Vargas Llosa, sobre Fuentes, que son más localistas o viven más del periodismo que del libro en sí, pero no sobre García Márquez y Cortázar.

Si el tiempo pudiera volver atrás, ¿usted haría lo que hizo, salir de Argentina y venirse a un país como

Venezuela?

Yo repetiría con mucha alegría. Acá he trabajado muy bien, he sido muy bien recibido siempre, a los tres días de haber llegado visité Miraflores, e iba al Salón Ayacucho como si fuera un venezolano. Hubo otra gente que también lo hacía, como Isabel Aretz, que también vino de Buenos Aires, pero ella, junto a Ramón y Rivera, ya tenían una jerarquía, eran amigos de Carlos Andrés Pérez, vivían en otra categoría, andaban en un auto de lujo, pero uno andaba a pie.

¿Cuál es el balance de su vida en Venezuela?

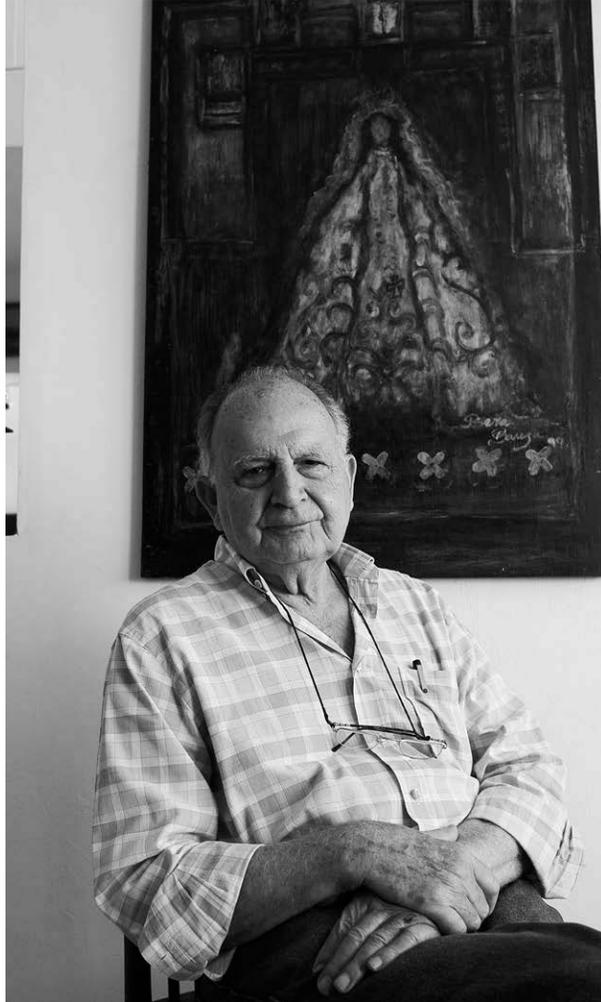
Me he adaptado al país con mucha satisfacción, porque los amigos que tengo, si bien son siempre patotas uruguayas, rioplatenses o brasileras, hacen que uno esté cómodo y se identifique. He conocido y recorrido el país, y de golpe en Carora estaba Luis Beltrán Guerrero, y en otro lado los Subero, y en otro lado... es una liga un poco intelectual, pero de comodidad en el trato.

¿Toma mate?

No, nunca he tomado mate. Mi padre sí, pero yo no. Así que soy un gaucho de frac.

Gracias, señor Becco.

Manuel Bemporad



El científico

Nacido en Tucumán, Manuel Bemporad es de los primeros argentinos venidos a Venezuela durante el siglo pasado. Su llegada, en 1954, antecede por más de una década a la de tantos otros de sus compatriotas de entonces que salieron del país sureño hostigados por la represión política. Sus aportes a Venezuela están fundamentalmente relacionados con la enseñanza científica y con el facilitar a otros la posibilidad de hacer ciencia. Con la agudeza del científico y la sabiduría propia de su edad, Manuel Bemporad recrea su paso fértil por esta tierra que ha hecho suya.

¿Qué lo trae a Venezuela?

En 1954 un amigo y yo decidimos irnos de Argentina y venimos a Venezuela, porque Venezuela ofrecía condiciones para trabajar. Pensaba que sería un «país intermedio», porque la intención mía era irme a Estados Unidos o a algún país europeo, pero como no tenía los medios necesarios, creí que Venezuela podía ser una primera etapa. La ignorancia que existía sobre Venezuela - y en general sobre los países latinoamericanos- en Argentina en aquella época -y sospecho que en buena parte aún ahora- era muy grande. De modo que de Venezuela tenía una vaga idea, lo que sabíamos era que había petróleo, y como siempre sucede, uno consigue algún

amigo o conocido que estuvo en Venezuela, le pregunta y le dice que sí, que las condiciones son muy buenas.

La idea que tenía de Pérez Jiménez, de la dictadura, era muy difusa, a pesar de que yo me estaba yendo a causa de Perón. Al llegar encuentro trabajo en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central, en septiembre del 54, y con eso empieza mi vida universitaria en Venezuela.

Mi profesión y mi doctorado son en Física, me gradué en la Universidad de la Plata. En el momento de mi llegada justamente se estaba construyendo la Ciudad Universitaria, y entre estas construcciones estaba el edificio de Física, para la Facultad de Ingeniería, entonces me encargaron el diseño de los laboratorios de física y me dieron libertad completa para trabajar en eso, una cosa absolutamente inesperada y fantástica para alguien que venía de un país con muy pocos medios y con muchas dificultades. De modo que trabajé en eso, en consulta con el grupo de arquitectos que dirigía Villanueva se rediseñaron algunas cosas del edificio y me ocupé básicamente de la dotación de los laboratorios. Al mismo tiempo empecé a dar clases y organicé un germen de la licenciatura en Física y en Matemáticas, que no existían para la época. En Venezuela había pocos físicos, uno en Mérida, otro argentino que había estado en Caracas, de modo que prácticamente no había nada. En Matemática sí había una mayor tradición en Venezuela, de Cagigal, Duarte, pero tampoco existía la carrera de Matemática. La gente que se ocupaba de Matemática en Venezuela estaba en la Facultad de Ingeniería, en Caracas o en Mérida.

Después del 23 de enero de 1958 se crea la Facultad de Ciencias de la UCV y el primer rector, Francisco De Venanzi, crea las licenciaturas de Física y Matemática, y soy designado primer director de la Escuela de Física y

Matemática, que tenía a su cargo las dos licenciaturas correspondientes.

Volviendo un poco atrás, ¿cuáles fueron sus primeras experiencias, sus primeras percepciones de lo venezolano?

Me sentí extremadamente cómodo desde el principio en Venezuela. El modo de ser de los venezolanos –que no lo conocía de ninguna manera cuando vine– era tan compatible con mi modo de ser que me hizo sentir muy cómodo. Tan así fue que, quizá no es tan bueno decirlo, me hizo separarme un poco de la cantidad de argentinos que en esa época venían y que tenían esa actitud típica que se atribuye a ciertos argentinos en todas partes del mundo, lamentablemente. Una actitud que me recuerda la de unos argentinos amigos de una muchacha que trabajó conmigo en París –una excelente persona, que estudió con el Che Guevara–, a quienes una vez encontré examinando París ¡para compararlo con Buenos Aires!

Pero ese es un fenómeno básicamente porteño.

Básicamente porteño. En todo caso, en Venezuela realmente me sentí muy cómodo, me sentí muy bien recibido, no sólo por el ambiente científico, sino además por el hecho de que tuve la suerte de vincularme, a causa de una carta que traje de un pintor argentino a un pintor venezolano que resultó ser Alejandro Otero, y a través de Otero y de Mercedes Pardo, su mujer, me conecté con todo un grupo que tenía una casita en San Antonio de los Altos. Allí se reunía un montón de gente, como Mariano Picón Salas, Antonio Estévez y Miguel Arroyo, entre otros. De modo que estuve inmediatamente inmerso en ese mundo, un mundo de intelectuales, de artistas, que era realmente

extraordinario. De modo que mi primera percepción de Venezuela fue excelente.

¿Qué significó para usted la caída de la dictadura?

Descubrí la dictadura al llegar acá, porque la información que había en Argentina sobre Venezuela era muy escasa, y la poca que había en los diarios daba la opinión del General y más nada. Me tocó tener una gran actividad en relación con la lucha contra la dictadura, un poco porque era extranjero, y había comprado, de ocasión, un Cadillac negro grande (un Fleetwood) con el que podía entrar a muchas partes sin que levantara demasiada sospecha. Y fue así como llevé gente a Maracay o como llevé a la Universidad el famoso manifiesto de los intelectuales que me entregó Ángel Rosenblat. De modo que lo metí en mi maletín, el maletín en el Cadillac negro y fui como profesor que era a la universidad y lo repartí. Eso fue algo tan particular que despertó suspicacias, y hubo gente que decía -como luego me comentó José Vicente Scorza- que cómo era que ese señor argentino tenía ese documento ¡que todo el mundo estaba esperando que saliera!

Al mismo tiempo hice contacto con gente del área científica, con gente de la Fundación Roche, donde estaba Francisco De Venanzi, Marcel Roche, y mucha de la gente que después estaría en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

¿Usted se vino solo?

Bueno, vine solo y a los tres meses vino mi esposa, que era pintora y escritora, y falleció hace años.

En la primera época, en los cincuenta, aun teniendo la idea de que Venezuela podía ser un

tránsito a otro destino, ¿había la posibilidad de volver a Argentina?

No, nunca se dieron las condiciones, aunque hubo un momento, cuando cayó Perón y vino para acá, cuando el golpe de Aramburu, en que pensé en la posibilidad, no porque estuviera de acuerdo con el golpe ni con Aramburu, pero en todo caso ya no estaba Perón. La verdad es que me di cuenta que me era muy difícil irme de aquí. Ya había creado demasiados vínculos, de amistad, humanos, que también los tenía en Argentina, pero no tan fuertes. No tan fuertes porque cuando vine a Venezuela, vine con un amigo, un escritor llamado Juan Antonio Vasco -amigo de la infancia, que ya murió-, y estando él trabajando en una agencia de publicidad, y yo en la comisión de Energía Atómica en Buenos Aires, fue cuando organizamos esta aventura de venirnos para Venezuela, lo que hicimos sin un centavo...

¿Y contactos?

Teníamos algún contacto aquí, más él que yo, porque la agencia de publicidad en la que él trabajaba tenía una filial acá. Pero yo no, y fui a la Facultad de Ingeniería, y fui a ver a Eduardo Arnal, que era el decano de la Facultad de Ingeniería, y el director era Marcelo González Molina. Los dos me trataron muy bien, y una de las cosas que más me impresionó fue que en Argentina hablar con el decano era todo un protocolo y aquí no. Me sentí tan cómodo inmediatamente. Fue Marcelo quien me propuso que me ocupara de los laboratorios de Física. Con él mantuve una gran amistad.

¿Durante cuánto tiempo fue director de la Escuela?

Poco tiempo, porque después fui prestado al IVIC (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas). Antes

se había reorganizado el Ivnic (Instituto Venezolano de Neurología e Investigaciones Cerebrales), de Fernández Morán, y había yo formado parte de la comisión reestructuradora, de modo que en el 61, cuando se analiza qué hacer con el reactor nuclear que había comprado Fernández Morán, y se crea la sección de Física del IVIC, fui como asesor y la Facultad me prestó para que me ocupara de formar un grupo de becarios que se había reclutado para que hicieran postgrado y se incorporaran al IVIC. Esa fue básicamente mi actividad como físico. Luego tuve otra actividad en el área de computación, pues cuando estuve en la Escuela de Física y Matemática fundé el departamento de Cálculo Numérico, que básicamente era el empleo de computadoras. Contraté a un excelente profesor, Carlos Domingo, a Oscar Varsavsky, un matemático de pensamiento filosófico muy trascendente, y a Rodríguez Gil, un hombre excepcional que trabajaba en las petroleras. En ese departamento de Cálculo se instaló en 1959 la primera computadora que hubo en la Universidad Central dedicada a la ciencia. Fue la primera, a excepción de la de la industria petrolera, que era una IBM 1430.

De las de tarjetas...

Por supuesto. Las tarjetas duraron mucho más, pero era de las primeras transistorizadas, porque hasta ese momento las máquinas que se utilizaban eran las de tubos, como la IBM 650. Total, que ese departamento fue creciendo mucho porque empezaba el interés por la computación, más allá del aspecto puramente del cálculo. Al mismo tiempo se discutió en el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico la creación del Cendes (Centro de Estudios para el Desarrollo de la Universidad Central de